



Seix Barral

Gioconda Belli

Luciérnagas

Un libro de ensayos sobre
los ensayos del vivir

I
MI AMADA NICARAGUA

**ADEMÁS DE SUEÑOS,
NECESITAMOS PROPUESTAS**

Este artículo y los que siguen, fechados entre 1990 y 2005, muestran cómo las contradicciones, luego de la derrota electoral, llevaron a la usurpación del partido por parte de Daniel Ortega.

Desde las elecciones de 1990, se han sucedido en el FSLN una serie de debates y polémicas. No es la primera vez, por ejemplo, que se plantea la necesidad de que nos situemos como partido de oposición; no es la primera vez que se habla de «ponerse a la cabeza» de las luchas populares, ni que se señalan los peligros de las ambigüedades en nuestra posición vis a vis con el gobierno. El problema, a nuestro juicio, estriba en que los debates —cual fuegos fatuos brillando en la oscuridad— se encienden y se apagan casi sin dejar rastro. El problema es que, a la claridad en señalar los problemas, no la acompaña una discusión sobre qué hacer, ni un consenso sobre el *método* que nos permitirá, a partir de una claridad de objetivos, la revitalización del partido.

La verdad es que las bases y los cuadros intermedios del FSLN se encuentran *sin instrumentos* para darle un nuevo rumbo al partido. La verdad es que las formas establecidas en el último congreso del FSLN para democratizar las estructuras del partido han fracasado, y que si bien se consideró como un logro desplazar el poder máximo de la Dirección Nacional a la Asamblea Sandinista, de hecho, esto no ha sucedido y es la Dirección Nacional quien sigue decidiendo a nivel de cúpula, y en base a cuotas de poder, las políticas y posiciones públicas del partido. Obviamente, esta situación ha hecho crisis de nuevo y ha motivado a un sector importante de militantes sandinistas a expresar públicamente su desacuerdo con estas políticas, atizando otra vez un debate que, de no abordar valientemente y de una vez los problemas de fondo y, sobre todo, de no plantearse un *método* orgánico para resolver estos problemas, corre el riesgo de apagarse, como tantos otros debates, sin dejar rastro.

Para ser una verdadera *oposición*, no solo se requiere unidad de criterios en cuanto a los temas centrales alrededor de los cuales vamos a plantear al Gobierno y al pueblo afectado nuestras alternativas de solución; se requiere una revisión de las *formas de lucha* a utilizar para lograr estos objetivos. Se requiere, además, e insisto, un *método* que nos permita *actuar* como conjunto: se requieren formas organizativas nuevas. Con el FSLN que tenemos actualmente —disperso, escéptico, maniatado por los viejos estilos de una dirección que rehúsa aceptar su propio desgaste—, no hay manera de que podamos hacerle frente a los acuciantes problemas socioeconómicos que vive el país y proponer al pueblo una alternativa que

inspire confianza y que logre una movilización efectiva. Nos atreveríamos a sugerir que, para que este debate tenga frutos y no redunde en mayor desgaste y desilusiones, se requiere lo siguiente:

Que la Asamblea Sandinista suspenda en sus funciones a la Dirección Nacional en pleno y nombre una Comisión de Transición que organice y dirija —ya sin la influencia de la anterior DN— la preparación de un Congreso Extraordinario.

Que bajo esta Comisión de Transición, y con el fin de elaborar una nueva Plataforma en el Congreso, se proceda a un debate amplio que permita determinar los *planteamientos centrales* alrededor de los cuales deben concentrarse las fuerzas organizadas del FSLN para defender los intereses populares. En este debate debe también incluirse una discusión sobre *nuevas formas de lucha cívica* y *nuevas formas organizativas internas* que nos permitan trascender las que ya se agotaron. En este proceso de discusión, y antes del Congreso Extraordinario, definir un *plan inmediato* que sirva de guía para movilizar fuerzas alrededor de los *problemas urgentes*, que no van a estar sentados esperando al Congreso.

Que con los insumos de esta discusión se elaboren los documentos del Congreso, a ser discutidos en cada comarca y municipio donde haya sandinistas.

Que la Comisión de Transición organice asimismo un proceso abierto de difusión y propaganda que permita dar a conocer a todas las bases las propuestas, trayectoria, etcétera, de los compañeros que quieran optar a la Dirigencia o que sean propuestos a la misma por las bases.

Realizar el Congreso Extraordinario seis meses después de que se pongan en su lugar los mecanismos organizativos del mismo y elegir a las autoridades que mejor puedan dirigir el partido para el cumplimiento de la plataforma acordada y para su reestructuración interna plena, de acuerdo con principios democráticos que contemplen la rendición de cuentas, el control de la mayoría y claros mecanismos de alternabilidad en el poder.

Estas son ideas por las que se puede acusar a la autora de loca, ilusa, despatriada, desfasada y demás. Yo me acojo a la consigna del querido y hoy tan desprestigiado Lenin, que dijo que había que soñar. Creo que hay que soñar proponiendo. Creo que la consigna para este 19 de julio debía ser: «Dirección Nacional, descanse».

[Publicado con el título «Alguien dijo que había que soñar», en *Barricada*, diario oficial del FSLN, Nicaragua, *circa* mayo de 1992.]

LA DISYUNTIVA DEL SANDINISMO

Desde la derrota electoral de 1990, el sandinismo ha pasado varias etapas. Se dio primero la de choque y lamentación, y luego, en 1991, en vísperas del I Congreso, se inició una etapa de recomposición que podemos decir fue abortada por la propia Dirección Nacional del FSLN al imponerse como plancha e imponer su propia elección bajo la premisa de que así lo demandaba la unidad del partido. El resultado de esta acción, sin embargo, no fue más que una unidad superficial, un parche que tapó la herida, pero no curó la infección. La etapa de recomposición se diluyó en una de escepticismo y apatía. La Dirección Nacional continúa siendo la misma, pero se quedó sola, actuando de hecho en nombre de un partido que ya no la refrenda más que en lo formal y, a menudo, ni siquiera en este aspecto.

La etapa que vivimos ahora se podrá calificar como de atomización. El Frente no se divide, pero tampoco se une; el sandinismo se desgasta en sus contradicciones y se refugia en un idealismo filosófico: «Pienso, luego existo». Pareciera que no se puede actuar porque hay

más recetas que clientes, y mientras así están las cosas, el tiempo avanza y la situación del país demanda respuestas de un gobierno que no las da y propuestas de un partido que parece haberse dormido sobre viejos laureles y se autoengaña pensando que el capital del pasado está ahorrado, cuando la realidad pareciera indicar que hay que empezar a acumular un capital nuevo, si es que se quiere otra vez alcanzar la categoría filosófica del «Existo, luego pienso».

De 1979 a 1990, el Frente Sandinista cumplió un papel trascendental en la historia moderna de Nicaragua. Critíquese lo que se critique, actuó como partero de una situación política nueva en el país, una situación irreversible cuyos resultados ideológicos, organizativos, económicos y sociales tendrá que tomar en cuenta quien quiera que llegue al poder. Pero bueno, cumplido este papel, habida cuenta de las nuevas situaciones —también irreversibles— impuestas por el gobierno de Violeta Chamorro, la reconciliación, la necesidad de consenso y democracia, la pluralidad, la recomposición de la economía, la muy diferente situación internacional, el Frente Sandinista no puede —ni debe— obviar la necesidad de replantearse un nuevo papel en la sociedad, un nuevo rol que le obligará, necesariamente, dejar atrás lo que, aun siendo parte de su historia y experiencia, ya no tiene lugar en las nuevas condiciones de este tiempo y este momento político. No me refiero con esto a entregar medallas como testimonio y validación de ese pasado en nombre de nuevas necesidades. Tampoco se trata de negar lo pasado en nombre de un

difuso futuro. Se trata de definir prioridades y darle un verdadero perfil al futuro. Desafortunadamente, sin embargo, lo que parece ocupar prioridad en la acción visible del FSLN no es la conformación de un nuevo rol; no es la selección de temas y problemas sobre los que estructurar una plataforma política coherente; lo que parece ocupar prioridad pareciera ser únicamente la afirmación del rol histórico que se jugó, la terquedad para no aceptar los cambios habidos, la continuidad de una Dirección que ya no es capaz de articular consenso y que parece aferrarse tenazmente a un rol protagónico que ya no le corresponde y que resulta en un deterioro cada vez mayor de sí misma.

Esta necesidad subjetiva de un rol protagónico en que el partido casi se autoatribuye el papel de «padre de la patria» desvirtúa la propia naturaleza del partido y lo confina a jugar roles coyunturales arbitrarios que, al carecer de coherencia política, no logran articular ningún tipo de consenso, ni siquiera entre los mismos sandinistas. Paradójicamente, al mismo tiempo que se dan golpes de timón a diestra y siniestra, las opiniones y posiciones que se expresan aun de forma poco estructurada todavía parecieran apuntar a coincidencias en cuanto a la necesidad de replantearse la forma de ser y actuar del partido. Las diferencias entre el proyecto que esbozan desde los más radicales a los más moderados no parecieran ser diferencias estratégicas. No se plantea (se dejó de plantear cuando se estaba en el poder) un socialismo de estilo tradicional; el socialismo del que se habla ahora, aun entre los que aparentemente se contraponen, se parece

más a una socialdemocracia que a otra cosa, nos guste o no la palabrita.

Para quitarse el cargo de conciencia que esta modificación implica, se habla de un modelo ético, de contenido diferente al de la socialdemocracia, lo cual es perfectamente legítimo y, de hecho, potencialmente, profundamente revolucionario. Y, sin embargo, a pesar de que hay obvias coincidencias y que, al menos, se podría llegar a consenso sobre una propuesta, la discusión de fondo no se da. El desgaste continúa porque aún hay quienes quieren mantener vivo el mito del Frente Sandinista del 19 de julio y ese Frente Sandinista ya no existe más, y es correcto que ya no exista porque ese Frente Sandinista ya cumplió su papel y ya no cabe en la historia contemporánea de Nicaragua.

No hay entre nosotros quien haya vivido ese tiempo que no tenga nostalgia de esos días, pero la realidad es que ya esos días pasaron. Ya los sandinistas, a los ojos del pueblo, no son los heroicos guerrilleros de esa época, ya no son mito. Son seres de carne y hueso a quienes han visto equivocarse, cambiar, crecer... Y no temo equivocarme en decir que el pueblo ya no sueña con esos días; lo que quiere son días nuevos, días mejores. Lo que Nicaragua necesita no es ya un partido de guerrilleros, o de míticos dirigentes, sino un partido de gente capaz, que pueda dar respuesta a sus problemas y no ande con el lamento de que «todo tiempo pasado fue mejor».

Esa es la disyuntiva, la crisis del sandinismo: ver para adelante y no continuar viendo para atrás. Y ver para adelante significa darse cuenta de que, a menos que haya una

renovación profunda de caras, de discurso, de programa, de propuestas concretas, el sandinismo se quedará prisionero de una imagen de sí mismo que cada vez menos nicaragüenses reconocerán.

[Publicado en *El Nuevo Diario*, Managua, 1993.]

EL FUNDAMENTALISMO SANDINISTA

El planteamiento ideológico que se impuso en el Congreso Extraordinario del FSLN propone el retorno del partido al radicalismo de sus orígenes. Así es como se piensa resolver la crisis de identidad planteada no solo por la derrota electoral, sino por los acomodados que, antes, hizo el partido para responder a una realidad que rehusaba funcionar según la ortodoxia y el manual.

Mientras en América Latina y el mundo la izquierda busca nuevas salidas, nuevas rutas hacia la irrenunciable utopía, en Nicaragua el sector hegemónico del FSLN se muestra convencido de que el único camino hacia la utopía es atrincherarse en la intransigencia. Nos derrotaron —dicen— porque no aplicamos los principios y el dogma consecuentemente. De manera que el triunfo pasa necesariamente por una vuelta a las ideas «puras».

Este fenómeno que estamos presenciando en un sector del FSLN no es nuevo en el mundo moderno y tiene que ver con las crisis de los sistemas y con las transformaciones de una realidad que ha rebasado las previsiones de los antiguos modos de pensar. Ante una realidad que no

admite ser analizada con los instrumentos convencionales y que requiere de planteamientos mucho más audaces, el desconcierto se refugia en lo conocido, en la ortodoxia, en el pensamiento conservador, en este caso de izquierda, y se cae, como han caído las religiones y los nacionalismos, en el fundamentalismo.

El fundamentalismo se propaga con facilidad porque se basa en lo conocido, en lo familiar, en lo que, de alguna manera, es parte de una identidad valorizada por el pasado de la tradición y la historia. Frente a los nuevos retos cuyas respuestas no se encuentran ya en los libros de páginas leídas y vueltas a leer, es más cómodo el camino de pensar, por ejemplo, que el problema está en la falta de «pureza» en la aplicación del marxismo. Es más fácil dar renovado ímpetu y reactivar la idea del antimperialismo, encarnando en el símbolo tradicional —los Estados Unidos—, que analizar el nuevo fenómeno de un imperialismo mucho más parecido al que delineó Lenin, cuya expresión es más sutil e insidiosa y que demanda métodos de lucha que ponen en cuestión los conceptos de *nación* y *soberanía* como hoy los conocemos. Frente a ese imperialismo cultural de la informática, de la educación, del mercado, de las transnacionales, las alternativas no son fáciles. ¿Nos aislamos o aceptamos el mundo global? ¿Cómo sobrevivimos sin claudicar? Los Estados Unidos y su política, en las actuales circunstancias de la correlación de fuerzas a nivel mundial, son solo la punta del iceberg.

En el Congreso del FSLN se repitieron las consignas acostumbradas contra el yanqui enemigo de la humanidad, pero apenas se discutió la posición frente a la ley de inversiones extranjeras, frente a un eventual Tratado

de Libre Comercio. En fin, ante la compleja situación que representa la fase actual del desarrollo del capital transnacional, se dio una respuesta fundamentalista, fácil, conservadora, presentándola como una «renovación» del pensamiento auténticamente revolucionario. De la misma manera, se produjo la reafirmación de la concepción vanguardista, reñida por definición con la concepción democrática de las sociedades modernas. La concepción de vanguardia, sin embargo, dentro de un marco de pensamiento conservador de izquierda, es muy reconfortante, porque protege la noción de «clan», de tribu, que es la razón de ser de cualquier tipo de fundamentalismo.

De este fundamentalismo sandinista, nacido frente a la amenaza de un futuro incierto y de una realidad que demanda un análisis ponderado, científico y serio, nada podemos esperar más que intransigencia y un cada vez más marcado «ayatollismo» que satanizará y condenará cualquier idea o pensamiento que se aleje o cuestione las supuestas verdades fundamentales. Parte esencial del pensamiento fundamentalista —sea este cristiano, musulmán o nacionalista— es el fanatismo y la noción de que quienes defienden la pureza de las ideas no han tenido más que recurrir a la «guerra santa», al «yihad» para enfrentar a traidores, librepensadores o desviados. De allí que del naciente fundamentalismo sandinista tendremos que esperar una guerra sostenida a la inteligencia y al atrevimiento de pensar, que no dejará piedra sobre piedra.

El reto para quienes no estamos dispuestos a claudicar ante las complejidades de la historia estará en continuar abogando por una real alternativa que descarte el oscurantismo y que abra paso a las nuevas ideas. Debemos

estar claros, sin embargo, de que el fundamentalismo —por su misma naturaleza— es absolutamente intransigente. No admite conciliación, libertad de pensamiento, ni respeto a las diferencias. Es intolerante. Quien quiera existir en este FSLN «renovado» tendrá que adorar a un solo Dios. Yo soy panteísta.

[Publicado con el título «La paradoja de inventar la renovación recurriendo al fundamentalismo», en *El Nuevo Diario*, Managua, 5 de julio de 1993.]